

La unidad de la iglesia

UN ENSAYO ESCRITO POR

Richard Lints

DEFINICIÓN

La unidad de la iglesia se refiere a la unión del pueblo de Dios, en todos sus distintivos diversos y expresiones, unidos a Dios y entre sí por el evangelio.

SUMARIO

La unidad de la iglesia debe ser un reflejo de la unidad del único Dios sobre el que se construye la iglesia. El ideal (unidad) y lo real (división) no siempre coinciden en la vida de la iglesia. Una teología bíblica de la unidad revela una comprensión más rica y profunda de la unidad que la mera uniformidad, pero también presenta el objetivo de la unidad visible a la que los cristianos deben aspirar. El modelo de unidad de la iglesia presentado en las Escrituras es una unidad en la diversidad que la protege, por un lado, de la dependencia excesiva de las jerarquías humanas, pero también, por el otro, de un énfasis demasiado grande en la autonomía humana.

La unidad de la iglesia y la unidad de Dios

La unidad de la iglesia debe comenzar, en primera instancia, con referencia al Dios que ha narrado y promulgado el evangelio en las páginas de las Escrituras. La unidad de la iglesia es una función de la unidad del Dios que la iglesia está llamada a adorar. Solo hay un Dios y un evangelio y la dinámica interior de la iglesia busca reflejar esta realidad. Lo que une a la iglesia es el Dios a quien la iglesia está llamada a adorar. Un Dios y, por lo tanto, un pueblo de Dios.

Yahvé le recordó a Israel consistentemente que no debían tener otros dioses (Éx 20). La premisa subyacente era que la identidad de Israel inevitablemente estaría formada por los dioses a los que adoraban. Adorar al Dios viviente llevaría a Israel a estar «vivo» para la justicia y la compasión. Si adoraban a los ídolos muertos, ellos —como el becerro de oro (Éx 32)— tendrían ojos pero no verían, tendrían oídos pero no oirían y sus corazones se enfriarían como piedra ante la justicia y la compasión.

Es la relación de pacto entre el único Dios y Su pueblo lo que da lugar a la afirmación de que la iglesia debe ser una. Su unidad no depende de su ubicación cultural, del idioma nativo que habla, del tipo de comida que disfruta o de la música que escucha. Pero su unidad consiste en la relación monógama que mantiene universalmente con el único Dios vivo y verdadero.

Unidad en la diversidad

El hecho de que la iglesia hable diferentes idiomas, cante diferentes tipos de música y se involucre en diferentes hábitos culturales nos dice que la unidad de la iglesia nunca pretende ser uniforme, punto final. Si bien no descarta en modo alguno la verdad bíblica fundamental de la fórmula de «un solo Dios, una iglesia», el evangelio también llama a la iglesia a celebrar la diversidad en puntos importantes. Dos de los pasajes bíblicos más significativos en este sentido son Efesios 4 y 1 Corintios 12. Efesios 4 argumenta que Dios llama a las personas a diferentes cargos en la iglesia y comprender las diversas funciones de quienes ocupan esos oficios es crucial para comprender los medios por los cuales la iglesia florecerá y conservará su unidad. En 1 Corintios 12, Pablo llama la atención sobre los diversos dones representados por las personas en la iglesia y que nadie puede decirle a otro: «No te necesito». Ambos pasajes nos dan el comienzo de una comprensión más rica y sólida de «unidad en la diversidad» de la identidad de la iglesia.

Podríamos recordar que la metáfora más frecuente de la relación de Cristo con la iglesia (y de la relación de Dios con Su pueblo) es la del matrimonio. La dinámica de «dos y uno» en el corazón del matrimonio es, en cierto sentido, una analogía conceptual de la manera en que la iglesia está unida a Cristo. Los dos se convierten en uno, pero los dos no se vuelven idénticos. Siguen siendo diferentes incluso cuando están unidos. Así que la iglesia debe ser «una y muchas» al mismo tiempo. Unidos por el evangelio, y viviendo este evangelio en muchas culturas, muchos idiomas, muchos tipos de música y muchas personas con talento diferente.

La naturaleza de la iglesia

En el Nuevo Testamento, hay tres afirmaciones perdurables en relación con la identidad de la iglesia:

- Se basa en Jesucristo.
- Se produce por el Espíritu Santo.
- La iglesia cruzará las divisiones fundamentales de la cultura, el idioma, la nación, la tribu y la raza.

Es la vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús encontramos los actos que son los precursores y fundamentos necesarios de la iglesia. Jesús es la roca sobre la que se funda la iglesia (Mt 16). Desde Pentecostés en adelante, el poder del Espíritu Santo mediante el cual se proclama el evangelio es el pegamento que mantiene unida a la iglesia y continúa empujándola hacia afuera (Hch 2). Desde el principio de la iglesia, traspasar el idioma y las fronteras nacionales fue clave para la evangelización y escándalo para un mundo observador (Hch 15). La iglesia fundada sobre Jesucristo es la misma iglesia creada por el Espíritu Santo, que es la misma iglesia que cruza de Jerusalén a Judea, de Samaria a Roma dentro de la narrativa misma del libro de los Hechos.

Diversidad y denominaciones

En virtud del hecho de que la iglesia existe en muchas culturas y grupos lingüísticos, y se compone de diversos oficios y diversos dones, surge la pregunta: *¿Cómo es la unidad de la iglesia en la práctica?* La pregunta es cada vez más apremiante en este mundo cada vez más posdenominacional, donde anteriormente la unidad de la iglesia a menudo se concebía teológicamente en el contexto de las denominaciones. Los presbiterianos estaban unidos por una tradición teológica común. Los anglicanos estaban unidos por una tradición litúrgica común. Los metodistas estaban unidos por una práctica común de piedad. La cuestión obvia de las denominaciones son las divisiones y las profundas diferencias entre las denominaciones. La gran variedad de denominaciones representadas en cualquier contexto occidental dificulta discernir la unidad de la iglesia que debe crecer de la unidad del evangelio. La pluralización de las denominaciones ha traído consigo la percepción de que el evangelio en sí está pluralizado. «Denominacionalismo» es el término que solemos poner a este pecado acosante. Si tan solo pudiéramos ir «más allá del denominacionalismo», es el lamento de muchos evangélicos de hoy. Esto ha llevado a algunos a hacer campaña por una iglesia posdenominacional, viendo a las denominaciones mismas como la causa de los problemas de las divisiones profundas presentes en la iglesia.

Sin embargo, esto culpa demasiado a la construcción original de las denominaciones protestantes. Históricamente, las denominaciones no funcionaban como un medio de mayor independencia o división, sino como formas concretas de proteger los énfasis y las tradiciones peculiares de la iglesia en diversos lugares y épocas contra las influencias homogeneizadoras relacionadas con el gobierno (las monarquías de Europa). Las denominaciones, en este sentido, han sido las portadoras centrales de las tradiciones religiosas y la disidencia apropiada de las jerarquías eclesiásticas controladas por el Estado. La desaparición de las denominaciones ha sido en parte una función de la revuelta moderna contra la tradición, así como de la creciente influencia de la democracia y la autonomía en el mundo moderno tardío.

Las denominaciones han servido como una voz disidente contra la hegemonía religiosa, una uniformidad religiosa contraria al evangelio. Históricamente, las denominaciones eran el medio para proteger la disidencia y, al mismo tiempo, permanecer leales al proyecto social más amplio de las democracias liberales. Las denominaciones, con raras excepciones en Occidente, nunca se vieron a sí mismas como la «única iglesia verdadera». Se veían a sí mismos como ramas de la única iglesia verdadera alejada del control esencial por las autoridades gobernantes. Esto permitió y, a veces, alentó una conversación confesional más amplia entre las diversas ramas de las iglesias protestantes. A diferencia del catolicismo romano, la ortodoxia oriental o las iglesias estatales de Europa, los protestantes tenían un contexto estructural incorporado para la unidad en la diferencia. Sin embargo, es justo decir que bajo la creciente pluralización de la modernidad tardía, las denominaciones se volvieron demasiado independientes entre sí y, en las condiciones de una cultura de consumo, se volvieron feroces protectoras de su «cuota de mercado». El resultado fue la incapacidad de las personas en los bancos para ver cualquier resto de la unidad visible del evangelio más allá de la vida congregacional local.

La unidad de una visión teológica bíblica

Entonces no debemos pensar en términos de la ubicación cultural ni en las formas culturales de la iglesia como clave para su unidad, sino más bien en una visión teológica que «ve» la unidad en y a través de las categorías de las Escrituras. ¿Cuáles podrían ser esas categorías? Como señalamos al principio, la unidad de la iglesia tiene sus raíces en la profunda convicción de que el pueblo de Dios, a pesar de todas sus diferencias, está unido a Él por la fe en Jesucristo. La historia de la iglesia es la gran historia de la obra redentora de Dios que culmina en Jesús. Esta «historia común» significa que las diversas ramas del árbol genealógico diverso de la iglesia están unidas a una genealogía espiritual idéntica. La historia de la creación, la caída, la redención y la consumación es la historia común de cada iglesia genuina. La historia de Abraham, Moisés o David es la historia común de la iglesia sin importar en qué idioma hable o en qué edad viva.

La iglesia a través de los siglos y en todo el mundo está unida por el mismo evangelio interpretado y proclamado por los apóstoles. Este fundamento apostólico implica que las Escrituras son la constitución fundamental de la iglesia. Como los Estados Unidos están divididos por cincuenta estados pero unidos por una constitución común, la iglesia existe en muchos tiempos y lugares diversos mientras está unida por una constitución común.

Unidad, identidad y autonomía

Hay dos errores importantes en lo que respecta a la unidad de la iglesia. El primero es acercarnos demasiado a una identidad entre Cristo y la iglesia, como si no hubiera simplemente una unidad orgánica entre los dos, sino una identidad real de los dos. Esto implicaría que la autoridad de la iglesia es idéntica a la autoridad de Cristo. En esta interpretación, cuando la iglesia habla (a través de sus oficiales), Cristo habla. El peligro de esta forma de pensar es precisamente el peligro de equiparar a los redimidos con el Redentor. Esto es para ver a la iglesia como una monarquía en la que el jefe humano de la iglesia se equipara demasiado estrechamente con Cristo como el jefe de la iglesia.

El segundo error en el otro extremo del espectro religioso asume que no hay unidad en muchas culturas y congregaciones distintas de las personas que deciden seguir a Jesús individualmente. En analogías políticas, se trata de una democracia eclesial radical, en la que la unidad de la iglesia no consiste nada más que en el consenso de los gobernados. Los creyentes no están unidos por la iglesia, pero están unidos por medio de preocupaciones e intereses comunes para seguir a Jesús. Este tipo de error sugiere que el único tipo de unidad sería invisible y externa a la iglesia.

Conclusión: preguntas sin respuesta

Hay un vasto punto intermedio entre estos dos extremos, y la diversidad de las tradiciones de la iglesia en estos temas anima la conversación teológica en curso sobre las formas apropiadas en que las iglesias deben expresar visiblemente la «unidad en la diversidad» que refleja el evangelio.

Se puede decir de todos aquellos en este territorio intermedio que la unidad de la iglesia surge de su origen, y dado que el canon creó y aún crea la iglesia, esta unidad no puede ser alojada ni en un cargo histórico ni simplemente en la experiencia personal. Dondequiera que la Palabra se predica verdaderamente (se proclama el evangelio) y se practica (se representa el evangelio), allí, y solo allí, se unifica la iglesia independientemente de su ubicación cultural, su lengua nativa o sus formas musicales.

Publicado originalmente en [The Gospel Coalition](#). Traducido por Sol Acuña Flores.

Este ensayo es parte de la serie *Concise Theology* (Teología concisa). Todas las opiniones expresadas en este ensayo pertenecen al autor. Este ensayo está disponible gratuitamente bajo la licencia [Creative Commons con Attribution-ShareAlike](#) (CC BY-SA 3.0 US), lo que permite a los usuarios compartirlo en otros medios/formatos y adaptar/traducir el contenido siempre que haya un enlace de atribución, indicación de cambios, y se aplique la misma licencia de *Creative Commons* a ese material. Si estás interesado en traducir nuestro contenido o estás interesado en unirse a nuestra comunidad de traductores, [comunícate con nosotros](#).

LECTURAS ADICIONALES

- Gregg Allison, *Sojourners and Strangers: The Doctrine of the Church* (Crossway, 2012)
- Edmund Clowney, *The Church* (InterVarsity Press, 1995)
- Mark Dever, *The Church: The Gospel Made Visible* (B&H Academic, 2012)
- Justin Holcomb, "[Jesus' Church is Here to Stay](#)"
- Mike Horton, *People and Place: A Covenant Ecclesiology* (Westminster/John Knox 2008)
- Tim Keller, *Center Church* (Zondervan, 2012)
- Leslie Newbigin, *The Reunion of the Church* (Wipf & Stock, 2011)
- Joe Rigney, "[How to Weigh Doctrines for Christian Unity](#)"
- Miroslav Volf, *After Our Likeness: The Church as the Image of the Trinity* (Eerdmans, 1997)
- Luder Whitlock, *Divided We Fall: Overcoming A History of Christian Disunity* (P&R Publishing, 2017)